

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.....	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

LAS BIENAVENTURANZAS

Usted no es «ná», ni «chicha», ni «limoná».

—¿Cuáles son las bienaventuranzas?
—¿Vas a examinarme de doctrina cristiana, Sancho?
—Contésteme vuesa merced.
—Pues las bienaventuranzas son...
—Las reformas de Cuba y Puerto Rico. Ya ve vuesa merced los resultados. Acaban de publicarse las reformas y ya todo ha quedado como una balsa de aceite.
—Tienes noticias, Sancho? Habla, habla, sepamos como han sido acogidas las reformas.
—Pues habrá de saber vuesa merced que Máximo Gómez licenció sus negradas; no ha quedado en armas cabecilla alguno. Sólo piensan los insurrectos en regalar ramos de flores y palomitas con lazos de color de rosa a los generales y a los soldados españoles. En los campos sólo se oyen canciones y en los poblados músicas. Los ñáñigos abrazan a nuestros guardias civiles. ¡Un edilio!
—Idilio será, que no edilio.
—Un idilio, según dice vuesa merced. En fin, que bien se deja ver ya que aquellos pobrecitos cubanitos no necesitaban más que eso, que se les concediese las reformas para dejar el machete por el cayado y el cañón por la zampaña pastoril. Ocupanse en fabricar un monumento con pedestal y la estatua de Moret, el melifluido, todo de azúcar. ¡Oh qué venturoso resultado! Ciegos éramos, señor y amo mío; ciegos al pensar que los inocentes filibusteros, los candorosos guajiritos, los ingenuos mambises eran sanguinarios, traidores y crueles. ¡Pobesitos! Ellos sólo esperaban eso... *podé sé ministro y generale y tené coche con escarapela de color...* ¡Ea! todo se acabó. *Cubita é casi libe, ¡caramba!* Ya en cada *bohío* puede haber un subsecretario. Así se arreglan las cosas, que no de otro modo.

—¿Qué me cuentas, Sancho! Pues si yo he oído decir que la guerra proseguía con encrudecimiento y que el Máximo y el Calixto la continuaban furiosamente.

—Esas son embusterías. Las noticias que yo tengo son las que he dicho. Aquella isla es la Arcadia feliz; todo en ella son luminarias, y músicas, y coladuras, y cohetes, y besos, y abrazos. Por virtud de esas portentosas reformas escritas por Moret, por D. Segismundo, el cual pronunciaba un día un discurso muy rebonito y pulido en el Ateneo, diciendo que ya el separatismo era un absurdo, que en Cuba nadie pensaba en semejante locura; y en efecto, aquel mismo día estallaba en la isla la insurrección. Claro es que cuando un hombre político da pruebas de tan grande acierto en sus vaticinios, es el único llamado a regir los destinos del país.

—Eso salta a la vista! Dese vuesa merced a echar, por esos mundos de Dios, arengas bonitas, pintando las cosas todas de color de rosa y contando cuentos azules, y pronto vuesa merced será el encargado de realizar los actos de más importancia para la gobernación del Estado.

—Vaya, Sancho, no disparates. ¿Acaso eres tú, acaso puedo ser yo, acaso podemos ser los dos enemigos de las reformas políticas de un pueblo? ¿Pues no hacemos

alarde de republicanos? ¿Se puede uno llamar republicano y ser enemigo de las reformas que inspire el ideal democrático? ¿No está ahí el Canadá?...

—Perdone vuesa merced. Yo soy enemigo, mi señor D. Quijote, de toda tiranía. Pero fíjese vuesa merced en que las colonias, a las cuales la Metrópoli inglesa ha concedido autonomía, no se sublevaron jamás contra Inglaterra. Porque a la insubordinación y a las traiciones replicó siempre orgullosa la Gran Bretaña con la fuerza, llevando este procedimiento hasta el extremo de no humillarse aun a riesgo de perder la colonia. Antes de la guerra hubiéramos defendido muchas de las aspiraciones de los cubanos, españoles como nosotros; pero ante la villanía de esos Péreces, Lópezes, Fernándezes, Sánchez y Díaz y, en fin, de esos hijos de España, a quienes España dió medio de enriquecerse y de vivir en tierras pródigas. ¡No, nuestra dignidad obligaba el replicar con energía, con heroica entereza y a castigar sin endebles de corazón a los miserables hijos traidores de la más grande y de la más generosa de las naciones.

—Sancho, Sancho, que te crees; te creces y llevas la pasión de punta.

—Señor, cuando un pueblo hace los sacrificios que España ha hecho por su decoro, el decoro, el decoro, es lo primero.

—Cierto, Sancho.

—Además, ¿parece bien a vuesa merced que esos Gobiernos y esa prensa «la de mayor circulación», que exageraban su amor a la honra nacional y que hacían como que se «liaban la panta a la cabeza» hablaban de probable guerra con los Estados Unidos y nos decían el *qué importa?* y nos hablaban de barcos armados en corso, de alianzas internacionales y, en fin, de resistir aunque España sucumbiese en la terrible empresa? Esos políticos y esos periódicos que a nosotros nos parecían insensatos... son hoy los que entonan himnos de alabanza a las ridículas reformas y dirigen censuras a los que deseaban combatir por completo a los miserables enemigos de España, a los hijos malvados que la odian.

Poco sentido es este, señor; no hemos sido ni heroicos, ni prácticos, ni tenaces, ni sensatos; en fin, veníamos ahora a poner al burro muerto «la cebada al rabo».

—Y cuando, señor y amo mío, cuando verdaderamente empezaba la insurrección a sentirse abatida y destruida?

—Ah, señor, que ya queda probada una verdad!

—¿Cuál, Sancho?

—Por Dios, que no me atrevo a decirla.

—¿Te amedrenta la verdad?...

—No.

—¿Entonces?

—No me amedrenta decirla; me entristece, señor, me entristece; porque siempre es penoso confesar los propios defectos.

—Mas si tú crees que puede ser conveniente y provechoso el reconocimiento de los propios defectos, ten valor para confesarlos.

—Sí; pero mire vuesa merced que no por yo confesarlos habrán de hallar correctivo; las gentes ni entienden verdades ni atienden a ellas.

—Es deber de conciencia decirlo.

—Lo es.

—Animo, y cumple con tu deber.

—Allá va, señor, y estéme atento. El defecto nuestro es pecar de imprevisores, y pecamos de imprevisores porque somos ignorantes, y somos ignorantes porque no nos cuidamos de instruirnos, y no nos cuidamos de instruirnos porque no sabemos apreciar el valor de la libertad, y no sabemos apreciar el valor de la libertad porque jamás hemos querido gozar de ella... y no hemos querido...

—Basta, Sancho endiablado... Con esa retahila de conceptos encadenados y sucesivos, que así pienso no has de acabar nunca tu charla, ni al cabo de ella habrás dicho cosa alguna de sustancia... Resume.

—Bueno; pues digo que nuestro defecto es el pecar de imprevisores. No preveíamos que desatendiendo al prudente y constante trabajo de explotar una colonia, y dejándola sólo para que fuera provecho de unos cuantos mandarines, la colonia había de pensar en reformas... luego no supimos dar a tiempo estas reformas, y por consecuencia estalló la insurrección; en tal caso, ó una de dos, ó podíamos hacer la guerra, y debíamos hacerla, ó ni podíamos ni había para qué emprenderla...

Pues bien; hicimos una penosa guerra sin provecho, aun en el caso de lograr la victoria.

Una vez emprendida una guerra, hay que rematarla, quedando, ó vencedores, en cuyo caso podríamos ser crueles ó generosos, como se nos antojase, ó quedamos vencidos, y entonces tendríamos que aceptar la derrota con todas sus consecuencias.

Pues no puede decirse que hemos vencido nosotros, y ni hemos sido crueles ni generosos. Ni chicha, ni limoná.

EL DESQUITE DE LA BARBARIE

No cabe disputar sobre gustos. Hay quien bebe vinagre y come cal de las paredes. Hay quien se complace recibiendo badilazos en los nudillos. Hay quien admira a Tejada de Valdosa. Hay quien se deleita oyendo a Mella y leyendo a Grilo. Hay quien sigue a Elduayen y quien se adhiere al duque de Tetuán. Por una perversión semejante, aunque más extraña que todas las otras, así del sentido estético como del sentido común, no faltan hombres dispuestos a matar y aun si a mano viene a morir por darse el gustazo de que el egregio D. Carlos de Borbón y Este mande en nosotros a su voluntad y albedrío.

Todos los antojos, aun los más extravagantes, suelen tener su explicación. La de éste es difícil hallarla. Si la guerra tan anunciada llega a ser un hecho, pocos habrá registrado la historia más extraños é injustificados. Ninguno de los motivos que dan la clave de este género de sucesos concurre aquí. Tras más de medio siglo de no interrumpida existencia del régimen constitucional, mal puede decirse que el absolutismo represente ya a la tradición y venga a reanudar la continuidad de la patria historia, interrumpida por un paréntesis revolucionario. De los respetos de la ley Sálica, de la pretendida legitimidad del borbonismo masculino como título para reinar sobre los españoles, ¿quién puede en nuestros tiempos hablar seriamente? El prestigio religioso no abona la causa del pretendiente, desautorizada y aun condenada por el Papa, y abandonada, ostensiblemente al menos, por el episcopado. La personalidad de nuestro soberano *in partibus* no es la



¡Yo sí que disfruto de verdadera autonomía!



¡Todo se ha perdido, hasta el honor!



Duérmete, nene hermoso, duerme, alma mía, que por algo te he dado la autonomía.



LA ACTITUD DE WEYLER



Esperando los acontecimientos.



¡Triunfamos al fin!
¡JUERGAI! ¡JUERGAI!



La solución de DON QUIJOTE.



Y á la jota jota de la autonomía, al fin me he salido, niña, con la mía.

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

más adecuada para circundar la empresa con esa aureola refulgente con que han sabido deslumbrar á los pueblos los grandes genios de la política ó de la guerra. Pues en cuanto á considerar obra patriótica la de acabar de hundir á España, salida apenas como Dios le da á entender de la angustiosa crisis actual, eso no puede caber ni en la cabeza de un demente. De todo lo cual se sigue que el gusto de ser carlista es uno de aquellos de los cuales dice el refrán que merecen palos. Confíemos en que recibirá lo que merece.

Sin representación tradicional, sin prestigios personales, sin la superstición de la legitimidad, sin el señuelo de la religión, sin el pretexto del patriotismo, ¿qué motivos pueden tener los parciales de ese hombre corrompido y desacreditado, que ni siquiera es español, para disponerse á derramar su sangre y amenazarlos con verter la nuestra por el singular empeño de sentar á tal aventurero en el trono de San Fernando y á doña Berta, su consorte, en el de Isabel la Católica? Habrá cerebros anquilosados, petrificados, estáticos, para los cuales no pase el tiempo y que se figuren vivir todavía en el año 33. Habrá fanáticos empedernidos, furiosos, capaces de excomulgar al Padre Santo de Roma por liberalote y masón. Habrá románticos cretinos, caballeros andantes del legitimismo, dispuestos á acometer lanza en ristre contra los molinos de viento. Habrá intrigantes redomados, prontos á hacer su agosto en medio del confuso torbellino de la civil discordia. Habrá ambiciosos ineptos que vean en perspectiva un grado posible reconocido en un posible convenio. Habrá bandidos para los cuales la guerra significa la libertad del robo, del asesinato, de la violación, del incendio y demás hazañas tradicionales en los defensores de la legitimidad y de la fe. Todo eso no basta á constituir la urdimbre de una guerra civil.

Para que todos esos factores concertados lleguen á adquirir la consistencia necesaria, es preciso que actúen sobre una masa propicia. Esa masa es la población rural. Toda la fuerza del carlismo está en los campos. Allí hay seres inconscientes, desprovistos de toda educación, viviendo en plena Edad Media, esclavos de todas las preocupaciones, propicios á todas las violencias.

¿Qué presa tan fácil para la superstición y el fanatismo! ¿Qué tesoro para ser explotado por el genio de la intriga! Esos hombres que no saben leer, que tienen cerradas las puertas y ventanas del espíritu á la atmósfera de la civilización, están á merced del que les sugiera. Harán lo que les mande el cura. Todos los razonamientos que prueban lo estúpido y funesto del absolutismo exceden de su comprensión. Si D. Carlos huye, si vende el Toisón ó juega con las húngaras, nunca tales hechos llegarán á sus oídos. Si el Papa desautoriza el carlismo, ellos no tendrán noticia de tal desautorización ni acaso siquiera del Papa. Masa inerte, materia bruta, allá irá donde la empujen los que están en situación de manejarla.

He aquí la dura, la inexorable sanción del gran pecado de mentira política que venimos cometiendo de todo tiempo en España. Espíritus superficiales, pagados de palabras, han creído consumada la revolución política el día en que han escrito unos cuantos párrafos en la Constitución ó en la *Gaceta*. No han querido ver que toda esa tramoya liberalesca era un edificio sin cimientos. Se ha hecho una libertad para el pueblo, pero no un pueblo para la libertad. Ni la atroz estadística de la ignorancia, ni los indefectibles puche razos rurales, han bastado á abrir sobre el particular los ojos de nuestros políticos. Lejos de ver en tales hechos signos temerosos de inminente riesgo, han fomentado esos males como instrumentos de su usurpación. Ciegos servidores de intereses dinásticos, han dado alas á la reacción. Por conveniencias de bandería han alentado al carlismo. El efecto de tal política será indefectiblemente la tercera guerra civil.

Impuesto por la ley de los tiempos y un poco por sorpresa, el liberalismo tenía que llenar en España una gran misión; nada menos que la redención de un pueblo, y no la redención retórica de la garrulería periodística ó parlamentaria, sino la real y efectiva, que consiste en libertar á los espíritus de la ignorancia y de la miseria á los cuerpos. Había que haber construido escuelas y caminos, darle enseñanzas y abiertas canales. Había que haber enseñado al pueblo la libertad é interesarle por ella. Había que haber persuadido á la gran masa rural de que el derecho es á la vez una noble cosa y un buen negocio. Se acapararon en vez de eso por unos pocos los bienes nacionales. Se ha gastado el dinero en pólvora. Se ha dejado de pagar á los maestros. ¿Qué representa hoy para el campesino el Estado moderno? No la cultura, ni la seguridad, ni el auxilio, sino la coacción, la violencia, la socalina. Es el cacique que le oprime, el juez que le procesa, el recaudador de contribución que le agobia, el reclutador militar que arranca á un hijo del hogar para llevarlo á la muerte. Que alguien murmure á su oído que con D. Carlos no habrá caciques, ni jueces, ni recaudadores, ni quintas, y hata á ese niño grande, hecho de la noche á la mañana, un carlista de tomo y lomo.

El liberalismo sin cultura es una ficción; y la realidad, tarde ó temprano, castiga inexorablemente las ficciones. Cuando la fiera humana se suelte por esos campos matando, robando, violando, talando y destruyendo, no será tan suya la culpa de tales estragos como de los hombres funestos que en más de sesenta años de régimen constitucional, no han tenido tiempo para domesticar á la fiera. La próxima guerra civil será el desquite de la barbarie.

ALFREDO CALDERÓN

QUISICOSAS

—¿Usted está con Sagasta, con Romero, con Silvela,

con Pi, Salmerón, Esquerdo, con Nocedal ó con Mella?
—Amigo, yo estoy con todos; así es que, venga quien venga, no tengo ningún cuidado de que me quiten la breva.
—Como usted habrá muy pocos que tan pasteleros sean.
—Pues si yo soy pastelero, ¡qué serán los que no dejan de comer de la olla grande y conspiran bajo cuerda!

—Los yankees en general hablan, amigo Senén, de Martínez Campos bien, pero de Weyler muy mal.
—Es que Weyler tiene arranques y es hombre de pelo en pecho, y hubiera, al fin, Weyler hecho embutidos de los yankees.

Weyler, con yankees infieles, protectores de bandidos, quería hacer embutidos, no quería hacer pasteles.

Pues sin tener miedo al coco, decía como hombre ducho: «Las morcillas duran mucho y los pasteles muy poco.»

—Eso á mí me maravilla; la matanza es lo mejor, pues gozo con el olor del caldo de la morcilla.

—Pues algunos, por las trazas, si toman caldo se mueren.
—A los que caldo no quieren, yo les daría tres tazas.

¿Y qué tal recibimiento le han hecho á Weyler?

—Te digo que ha sido grandioso, amigo.
—¿Sí? Pues... ¡jande el movimientol! Corro á ver á Weyler.

—Calma, que está en Palma.

—¿En Palma?

—Sí.
—¿Y sabes por qué está allí?

—Porque se llevó la palma.

VICENTE RUBIO.

RAFAEL DELORME

«El pobre Delorme! Otro amigo que se nos ha muerto... ¡Y van siendo ya tantos!... Nos vamos quedando solos... Todos se van.

Aquí, en esta casa, profesábamos cariño entrañable al infortunado Delorme. Hemos vivido con él muchas alegrías y muchas tristezas. Juntos hemos luchado por los mismos ideales. Y ahora viene la muerte á separarnos. ¡No! No hay resignación posible para sufrir estas injusticias del destino.

No vamos á analizar ahora—ya lo haremos más despacio, cuando se normalice nuestra vida y se mitigue algo nuestro dolor—los talentos del erudito autor de *Los aborígenes de América*.

«Hoy no es día de pensar, sino de sentir».

¡Adiós, Delorme; los que quedamos aquí nunca te olvidaremos!

¿QUÉ OPINA USTED DE LA AUTONOMÍA?

Le diré á usted... El asunto es tan trascendental y tan complejo... Y ya sabe usted que yo no tengo opiniones propias. Dejo hacer á mis ministros, y después, con firmar ó no firmar, todo arreglado. Moret tiene hace tiempo la pesadilla de la autonomía. Yo le he dicho en distintas ocasiones: «Pero hombre, D. Segis, ¿qué meternos en más líos?» Pero no ha habido forma de convencerle, y para evitar una crisis... En fin, ya están los decretos en la *Gaceta*. Ya veremos lo que resulta. ¡Y Dios sobre todo!—Sagasta.

¡Ave María Purísima! ¡La autonomía! ¡Estoy verdaderamente horrorizado! ¡Este es el fin del mundo... y de las colonias! ¡Dios nos tenga de su mano!—Pidal.

Ha llegado el momento de repetir la frase de Olózaga: «¡Dios salve al país; Dios salve á la reina!»—Romero Robledo.

¿Lo ven ustedes? Al fin ha triunfado mi política. Si eso de la guerra es una verdadera atrocidad. A los insurrectos, como á los enfermos, sopitas calientes y buen vino. Es el único modo de atraérselos. ¡Si lo sabré yo, que hice el pacto del Zanjón!—Martínez Campos.

Déjese usted de preguntas indiscretas. Me reservo mi opinión respecto de la autonomía. Lo único que sé, lo único que me importa saber es que Moret me ha desbancado de esta hecha.—Gamazo.

Absorben en este momento mi atención graves asuntos. ¿Qué número de candidatos ortodoxos resultarán triunfantes en las próximas elecciones? ¿Quién vencerá á quién? Esto es lo que al país le importa averiguar. Y déjese usted de autonomías y armas al hombro.—Silvela.

Nadie que me conozca, nadie que conozca mis antecedentes políticos, nadie que conozca mi vida pública, nadie que conozca mi historia, nadie que conozca mis trabajos literarios exparados en todos los periódicos del mundo, podrá negar mi fe en la democracia, mi fe en la libertad, mi fe en la justicia, mi fe en el derecho, mi fe en la razón, mi fe en Alvarado. Pues bien, yo debo declarar y declaro, yo debo de decir y digo, que la implantación de la autonomía en estos momentos

es una verdadera insensatez, que hemos puesto nuestros derechos, ¡oh vergüenza! á los pies del caballo de Máximo Gómez.—Castelar.

Por defender la autonomía hemos sido denunciados más de una vez. Y ahora se declara el Gobierno autonomista. ¡Oh, tempora, oh Moret!—Don Quijote.

LANZADAS

Ya comienza á producir sus efectos la autonomía. Los rebeldes—si hemos de creer á los periódicos—han atacado á Guanajay. Y ahora que el Sr. Moret ponga los comentarios que quiera á esta noticia.

El Gobierno ha recibido unos cien telegramas felicitándole por la implantación de la autonomía arancelaria en Cuba.

¡Ciento!
¡Cantidad simbólica!

Decididamente los carlistas se echan al campo. Sin embargo, la época no nos parece á propósito para el caso. Porque ahora escasea el verde.

Señores que aspiran al virreynato de Cuba: Calleja (¡sepase quién es!), Martínez Campos y Azcárraga.
U sease, César, Creso y Pompeyo.

En el teatro Real no ha gustado la ópera *Hero y Leandro*.

Y es que el público no está ya por los amores ideales. Y prefiere el adulterio de Silvela y Cos-Gayón.

Nuestro gozo en un pozo. Ahora resulta que la pacificación de Filipinas, anunciada por el general Primo, ha resultado una verdadera filia.

Pero menos mal. Porque bien aprovecharon la noticia algunos bien informados bolsistas.

Los carlistas están muy indignados por haber concedido el Gobierno la autonomía á Cuba. Y han decidido escribir una carta-protesta.

No nos parece mal. Y si encargaran á su correligionario Carulla de la redacción de esa carta...

¡Porque nos hace tanta falta que nos den motivos para reír!

¡Qué hermosas las reformas autonómicas!
¡Esas son libertades, esas, esas!
¡Ahora, señores, á ponerse el gorro y á cargar con la cesta!

Ministerialismos... y armas al hombro: «Diversos periódicos norteamericanos dan cuenta de la excelente impresión causada en los centros ministeriales de Washington, por los decretos concediendo la autonomía á las Antillas.»

¡Ah! ¿Conque nuestros «leales amigos» están contentos?

Pues entonces ya sabemos lo que nos toca hacer á nosotros. Llorar.

Y sigue el *vía crucis* de la prensa. En la pasada semana han sido denunciados *El Nacional*, *El Correo Español* y varios periódicos de provincias.

¡Nada, que no nos va á quedar otro remedio á los periodistas para gozar de la benevolencia del Gobierno sino declararnos insurrectos cubanos!

El Sr. Silvela no da paz á la mano. Y lo malo es que se dedica á hacer públicas las cartas que dirige á sus correligionarios. Y lo que dirán los lectores de *El Tiempo*. —¡Señor, aparta el caliz de mis labios!

Los periódicos de oposición siguen en su campaña contra el ministro de la Guerra.

Y la verdad, nos parece que esos apreciables colegas pécan de injustos.

Porque, ¿cómo negar las iniciativas de un hombre que se preocupa del aprovechamiento de las cuartillas de su ministerio, y que ha reformado ya las guerreras de los oficiales?

¡Pedir más sería gollería!

La *Revista Moderna*, periódico de todas nuestras simpatías, ha inaugurado su imprenta con una espléndida fiesta, á la que tuvimos el honor de ser invitados.

Y como la prosperidad del colega nos interesa como cosa propia, felicitamos muy sinceramente á su propietario el Sr. La Torre.

ALMANAQUE DE "DON QUIJOTE," PARA 1898

Se publicará muy en breve, antes que caigan del poder los liberales, y contendrá artículos y poesías de nuestros primeros escritores, y dibujos y caricaturas de nuestros primeros artistas.

Precio del Almanaque: 50 céntimos para el público y 35 para los corresponsales y vendedores de periódicos.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.